

NOTICIAS DE LIBROS

GEORG PICTH: *Frente a la utopía*, traducción de Angel Sabrido, Plaza & Janés, S. A., Barcelona, 1974, 155 pp.

En otra época, seguramente, las páginas del libro que nos ofrece el doctor Georg Picht no habrían conocido la luz editorial. En efecto, pronosticar el futuro, intentar descubrir su secreto, era algo vedado a la ciencia hasta hace poco. Sólo a los profetas y a los poetas les estaba permitido traspasar la inquietante barrera que se alza entre nuestro presente y nuestro futuro. El intento de recorrer el velo que oculta los designios del Altísimo era considerado como un pecado. Ciertamente que el pensamiento contemporáneo, acuciado por una inquietud creciente, se vio impulsado a acometer la osada empresa de penetrar en los misterios del futuro. La convicción de que el ser humano sólo puede comprender y ser dueño de su historia cuando la entiende como un progreso incesante, ha ido abriéndose camino desde el siglo XVIII mediante acometidas que se han ido sucediendo una tras otra. Esta fe en el progreso de la historia humana constituye la oculta fuerza motriz que ha impulsado la expansión de las ciencias naturales en el transcurso de los siglos XIX y XX. En el caso de Karl Marx, esta fuerza se transforma en una teoría de la revolución que ha invertido por completo el orden imperante en grandes Estados y ha dado origen a la fundación de nuevos sistemas de

dominación; en el lado capitalista-liberal, configura la fisonomía de los Estados Unidos, condicionada por una técnica fascinante. Ha sido este impulso el que ha convertido a Rusia y a los Estados Unidos en primeras potencias mundiales, en tanto que el llamado «Viejo Mundo» hubo de pagar con la pérdida de su supremacía espiritual y política el miedo a penetrar en el futuro y con espantosas catástrofes sus tendencias reaccionarias.

Se apresura el autor de estas páginas a realizar una seria advertencia; a saber: que la ciencia es una cosa radicalmente distinta a la profecía, y la profecía no debe reclamar el derecho de ser considerada una ciencia. Una neta separación entre la ciencia y la profecía es una exigencia tanto de la razón como del sentido de la forma. A pesar de ello, y en abierta contradicción con su tradición y las premisas en que se fundamentó anteriormente, la ciencia se ha visto obligada, desde mediados del siglo XX, a incorporar un nuevo sector al campo de sus averiguaciones: el futuro; y ello, partiendo de los impulsos más diversos. Incluso está surgiendo una nueva ciencia, llamada «futurológica», debida a Ossip K. Flechtheim, que tiene la pretensión de abarcar todo lo que ya hoy creemos poder saber del futuro. Resulta

trivial la afirmación de que hemos de acoger con gran escepticismo todos los pronósticos para el futuro, incluso aunque tengan un fundamento científico.

De todas formas, reconoce el autor de estas páginas en otro lugar de su libro, que el impulso para derribar las barreras que nos separan del futuro y realizar así una revolución que cale más hondo y pueda tener repercusiones más grandes que la conquista del espacio, nació de una situación histórica cuyas raíces retroceden al siglo XVII; pero de la que la opinión pública y la ciencia han comenzado a tener conciencia en virtud de la construcción de las armas atómicas. Gracias a su ciencia y a su técnica, el ser humano ha conseguido hoy un poder que le permite aniquilar toda forma de vida en el globo terráqueo. O sea, que el hombre ha obtenido, aunque en forma negativa, la facultad de disponer sobre el curso de su propia historia. Y ya sólo el hecho de que sea posible poner fin a la historia de la Humanidad ha dado lugar a una modificación cualitativa de toda la historia del género humano. Jean-Paul Sartre define esta modificación con las siguientes palabras: «El principio válido hoy para toda la Humanidad es que, si ha de continuar viviendo, no lo será pura y simplemente por el hecho de haber nacido sus componentes, sino por haber adoptado la resolución de prolongar su existencia. La especie humana ha dejado de existir como tal. La comunidad que se ha instituido en guardián de la bomba atómica se encuentra por encima del reino de la Naturaleza, pues es ella la que tiene la responsabilidad de su propia vida y de su propia muerte; será necesario, en el futuro, que dé cada día y cada minuto su asentimiento a la continuación de la vida. Esto

es lo que experimentamos, angustiados, en nuestra época...»

No le falta, pues, la razón al doctor Georg Picht cuando subraya que, efectivamente, el proceso que modifica hoy la orientación total y la andadura de la Historia humana es definido con un nombre que, a mi entender—nos dice—, acierta de lleno en el fondo del asunto: se le conoce con el nombre de *revolución científica*. Para explicar lo que se define con este concepto, basta, por el momento, con traer a nuestra memoria algunos estados de cosas muy simples y de apariencia casi trivial de cuya autenticidad se puede convencer cualquiera por experiencia propia.

a) La ciencia se ha fusionado hoy con la técnica para constituir una unidad indivisible. La consecuencia de este fenómeno es que se lleve a la práctica todo lo que se piensa. Los experimentos abstractos del pensamiento son transformados por el instrumento técnico y el aparato industrial en realidades sociales al cabo de pocos años; y estas realidades ponen su sello en la vida normal de millones de seres humanos. Se deriva de aquí la primera característica del salto cualitativo: *la rapidez de las modificaciones en el transcurso de la Historia*.

b) No existe ningún sector de la existencia humana que no se vea afectado por este cambio, pues no sólo varían las formas de la producción económica, las estructuras sociales y los sistemas políticos, sino que, por los caminos de la Medicina, de la Farmacología y de la Biología, las repercusiones de la ciencia llegan hasta los campos más íntimos de nuestra vida. Incluso la constitución biológica del ser humano experimenta hoy múltiples cambios a causa de las repercusiones de la ciencia. *Jamás el pensamiento y el obrar huma-*

nos han intervenido de manera tan profunda en la configuración de la existencia humana.

c) Los modernos medios de información y comunicación posibilitan que decisiones políticas cuyas consecuencias no se habrían hecho ostensibles antiguamente hasta después de transcurrir años e incluso décadas sean conocidas hoy en todos los países de la Tierra al cabo de pocos minutos, con lo que también pueden originar las correspondientes reacciones políticas. Esta posibilidad lleva, en el campo de la política, a una rapidísima expansión de las posibilidades del poder humano. Las fronteras trazadas hasta nuestros días por el espacio y el tiempo al ejercicio del poder por el hombre han perdido toda su eficacia a causa de los cohetes intercontinentales y los modernos medios de comunicación. El poder se ha hecho omnipresente en cierto modo. Y de estas circunstancias se deriva la tercera característica: *no existe hoy barrera alguna frente a las posibilidades del ejercicio del poder.*

d) Una de las características del poder es la imposibilidad de prever sus consecuencias. Nadie puede saber qué conquistas de la ciencia modificarán en pocos años súbitamente todo nuestro sistema de vida. *Nadie puede saber si un incidente, una subversión o una simple irreflexión en cualquier punto de la Tierra, no podrán conmover este equilibrio sumamente inestable que conocemos con el nombre de «paz» y provocar, como consecuencia, una sucesión imprevisible de acciones políticas y militares.*

Lógicamente, pues —sugestiva conclusión a la que llega el autor de estas páginas—, el estado de la técnica fuerza a que, en épocas de crisis, la decisión sobre la Historia del mundo esté en manos de un delimitado circulo

lo formado por pocos individuos. A causa de la velocidad —del dinamismo— y de la totalidad de la transmisión de las decisiones a los mecanismos, *un solo cortocircuito psíquico puede ocasionar el derrumbamiento de todo el edificio de nuestra supuesta seguridad.* Y de estas circunstancias resulta la cuarta característica: *la inestabilidad del mundo técnico.*

Para el doctor Georg Picht resulta hartamente evidente que, hoy por hoy, la generalidad del pensamiento humano es víctima de utopías ciegas, y ello es aplicable también a las ciencias sociales de cualquier tendencia. No conozco, subraya el autor, ninguna teoría sociocientífica que no esté condicionada, en sus premisas fundamentales, por prejuicios derivados de la situación social de las ciencias que desarrollan la teoría. Las ciencias sociales de nuestra época son un producto de las sociedades altamente industrializadas y reflejan la postura de la conciencia, la mentalidad, las crisis psíquicas, las neurosis, las necesidades y las ambiciones de los intelectuales que viven en el seno de estas sociedades. Ello ocasiona que las teorías sociales de nuestro siglo estén impregnadas de motivaciones irracionales, no obstante su virtuosismo racional y su alta diferenciación. Se vuelven tanto más ajenas a la realidad cuanto más se envuelven en el ropaje de datos empíricos y se presentan con apariencias de positivismo. Pero el irrealismo de la conciencia de las ciencias sociales en que la sociedad altamente industrializada refleja sus propias imperfecciones ha logrado la categoría de gran potencia en la política mundial de nuestros días, pues la élite que gobierna la marcha de los países subdesarrollados, formada en los países de elevado desarrollo, extrae precisamente sus impulsos ideológicos de las tendencias irracionales, llenas de carga afectiva,

de las ciencias sociales de hoy. Los resentimientos de los intelectuales del mundo occidental proporcionan el fulminante para la explosión de la revolución mundial. Por consiguiente, la pregunta que intenta averiguar de qué modo se podría conseguir que las ciencias entraran en razón, afecta a las ciencias sociales no menos que a las Ciencias Naturales y a la tecnología. La irracionalidad escondida en la conciencias de las ciencias sociales puede tener consecuencias tan funestas como la irracionalidad que se esconde dentro de nuestra manera de tratar con los poderes de la Naturaleza. *Nadie está protegido contra esta irracionalidad, pues, dado que nuestra conciencia se desarrolla en medio de una sociedad sumamente irracional, todas las probabilidades se pronuncian en el sentido de que cualquier proyecto nacido en el seno de esta sociedad esté marcado por el estigma de la irracionalidad.* No podemos librarnos de estas cadenas. Pero también el enfermo puede saber qué mal padece y puede esforzarse en aplicar las medidas de precaución recomendadas para el caso de semejante enfermedad.

Piensa el autor, por último, que es posible, aunque improbable, que se consiga evitar las destrucciones de grandes regiones de la Humanidad y

de todas las formas de civilización que nos ha legado la Historia. La Humanidad como experimento será un fracaso, si no se logra alcanzar en el transcurso de pocas décadas una nueva organización política del mundo de Estados que conocemos actualmente; si no se consigue desmontar los sistemas de armamentos y hacer la guerra técnicamente imposible; si no se procede a una reorganización revolucionaria en la distribución de la riqueza mundial; si no se establecen en poquísimos tiempo gigantescos sistemas de educación; si no aceptan los países ricos una considerable reducción del consumo con objeto de proporcionar los medios que se necesitan para montar la infraestructura del mundo técnico en todas las partes de nuestro planeta. *La Humanidad sólo podrá sobrevivir si se consigue solucionar a escala mundial la totalidad de problemas en que han fracasado hasta el presente, en el seno de sus propias sociedades, los países altamente desarrollados.* En este punto, exactamente, comienza o se inicia el problema de hacer frente a la utopía: Conseguir la paz, la concordia y el entendimiento entre todos los hombres y las respectivas naciones de nuestro inquieto, enigmático y sugestivo mundo...

J. M. N. de C.

PIERLUIGI LAMBERTI ZANARDI: *La legítima difesa nel Diritto Internazionale*, Milán, 1972, A. Giuffrè Editore, XII-313 pp.

Cada país dispone de su «propio» Derecho internacional, en todos los aspectos: público y privado, y dentro de ellos, de convenios, tratados, acuerdos, estipulaciones, etc..., para poder ostentar ser sujeto de Derecho internacional, y luego disponer de su «propio» Derecho internacional. Soberanía, integridad territorial, defen-

sa nacional militar y civil, entre otras cosas. Como no... Italia no es una excepción, tampoco puede serla.

El nacionalismo es una cosa y la defensa de los intereses nacionales, otra. Sin embargo, la defensa militar de esos intereses nacionales, además de su carácter militar, implica otros fenómenos que, generalmente, no sue-

len ser tenidos en cuenta: nacionalismo e internacionalismo, precisamente. Desde el punto de vista tanto jurídico como político-moral, en cuanto a su justificación...

El propósito del presente trabajo gira en torno a la aclaración de los problemas relativos a la existencia y la estructura de lo que es la legítima defensa en el Derecho internacional en una perspectiva exclusivamente jurídica, pero que tenga en cuenta los caracteres propios de la comunidad internacional y, asimismo, de la función particular que en ella puede asumir el antiguo principio del «*Vim vi repellere licet*», es decir que es lícito repeler la fuerza por la fuerza. En este caso, repeler la fuerza tanto exterior como interior con la misma fuerza en virtud de la legítima defensa del orden establecido y existente.

El superpositivismo jurídico a escala tanto nacional como internacional es la norma generalmente válida y aplicable en nuestros tiempos. Cada vez más, el iusnaturalismo va estando relegado a segundo, e incluso a tercer plano. Los principios llamados morales, la ética como tal, ya no sirven para nada. Basta observar la sociedad internacional contemporánea. Este superpositivismo queda reflejado también, y con toda razón, en la presente publicación, cuya estructura es la siguiente: la legítima defensa en el Derecho internacional general, desde principios del siglo XIX hasta la creación de la Carta de la ONU; la misma dentro del ordenamiento de la ONU, especialmente en relación con el artículo 51 de la Carta y, finalmente, dicho problema en el actual DI.

S. G.

ANTONIO SÁNCHEZ-GIJÓN: *Europa, una tarea inacabada*, Biblioteca Cultural RTVE (Editorial Planeta), Barcelona, 1975, 156 pp.

No hay pensador, sociólogo, político y economista que no haya, de alguna forma, dejado sentir su parecer en torno del tema europeo. Un tema que entraña infinidad de vertientes, de dimensiones y de encrucijadas. El autor de estas páginas cuyo comentario iniciamos no ha podido, ciertamente, elegir un título más expresivo para su obra. Lo realmente curioso del tema, y debemos subrayarlo desde ya —así reconocemos desde el mismo pórtico de nuestra glosa el mérito que encierra el esfuerzo realizado por Sánchez-Gijón—, es o consiste en saber escoger a tiempo el auténtico camino que nos conduzca al corazón europeo. Ante Europa, a nuestro modesto parecer, no se puede ser un escéptico radical ni un radical optimista. Por eso mismo, para el autor de estas páginas, no resulta obvio (y

compartimos plenamente su opinión) el considerar que, efectivamente, en la construcción de Europa han abundado y abundan los hombres que afirman tener un espíritu práctico. Ellos le llaman realismo. Los realistas, naturalmente, siempre han ido a paso distinto que los idealistas y soñadores. En el período entre las dos guerras mundiales, cuando cuajó un estado muy elevado de conciencia europea, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Aristide Briand, lanzó su propuesta de «una especie de lazo federal» para los países europeos, «sin afectar a la soberanía de ninguna de las naciones». Pero los idealistas y soñadores de su época pedían, para la formación de los Estados Unidos de Europa, precisamente la liquidación de las soberanías nacionales, la ruptura de los naciona-

lismos, e incluso la transferencia de las adhesiones a «una nueva nacionalidad», como decía Benedetto Croce. Y en el periodo que siguió a la última guerra mundial, tenemos otra vez a los realistas diciendo, convencidos, que ellos también están por la Europa integrada, por la Europa políticamente una, sin acabar de admitir que esa Europa-una sólo puede hacerse sobre el lazo federal, tal como proclamaron desde siempre los federalistas, que formaron esa gran corriente europeísta continuamente mantenida a raya y reducida, por los realistas y los prácticos, en congresos y asambleas, en el Movimiento Europeo y en las numerosas asociaciones europeístas.

Europa, como es harto sabido, no es una fantasía, sino, por el contrario, una realidad. Una realidad que ha deparado no pocos problemas y, sobre todo, una realidad en donde han sufrido millones de hombres. Por eso mismo, insiste Sánchez-Gijón en otro lugar de su libro, «un sentimiento de autocompasión, de vergüenza propia, ha estado siempre unido al nacimiento o renacimiento de la idea europea, llevando más tarde, a lo largo de mucha dialéctica de los espíritus y de la razón, a un incremento de empuje, optimismo y autoglorificación, que se ha roto, como una ola, contra los obstáculos de la dura realidad, sobre la que flotan desdeñosos los apóstoles del «realismo».

Por otra parte, circunstancia que especialmente nos recuerda el autor del libro que comentamos, aunque sus más acreditados cantores siempre han presentado a Europa como un agente pacífico, no han faltado los que la han querido investir de fuerza y energía activa, unas veces para regir, como Paul Valéry, que pedía a Europa «asumir sobre la tierra el gran papel que los romanos supieron asumir y mantener durante siglos»;

otras, se ha podido escuchar la apelación a la destrucción necesaria: «Para unir a Europa, quizás haya más que destruir que edificar», llegó a decir Luigi Einaudi, y no precisamente en los momentos aurorales de la idea de Europa, sino en 1953. En fin, esta idea de ruptura, de quebrantamiento de viejas cadenas, no es ajena tampoco a la normalmente impasible comisión de las Comunidades, que una vez pidió «hacer crujir los marcos demasiado estrechos heredados del pasado», con motivo de la puesta en vigor de la unión aduanera entre los miembros de la Comunidad, en 1968.

La verdad sea dicha, y éste era el pensamiento de nuestro inolvidable maestro el profesor Muñoz Alonso, es que a Europa la edifica la razón y la razón es la que la pierde. Europa es un producto del despliegue racional del hombre; y se desvanece cuando el hombre europeo se entrega al poder legífero de la razón sometándose a la esclavitud que la razón le impone. El hombre comienza a no sentirse europeo desde el momento en que entroniza a la razón como diosa que rige sus destinos. Y es que en la historia de Europa han sucedido muchas cosas. En la historia de Europa no sólo ha habido acontecimientos, sino que se han dado sucesos. De estos sucesos ha sido siempre protagonista el ser humano. Hasta tal punto ha sido así, que en Europa sólo lo que es de alguna manera humano es histórico. Dios mismo entra en la Historia humanándose. No decimos que la Historia sea extraña a la presencia de Dios; lo que afirmamos es que Dios entra a formar parte de la Historia como actor en ella haciéndose hombre. Este fenómeno reviste caracteres auténticamente europeos.

Me explicaré —subraya nuestro maestro—, ante el temor de ser mal

entendido. Que sería grave. Es evidente que la interpretación de la Historia sufre una radical variación con el cristianismo. Con la misma evidencia cabe afirmar que el cristianismo no es una doctrina o cosmovisión de exclusivismo europeo. Pero no es menos cierto que las categorías intelectuales de la mentalidad europea fueron aptas para la captación y expresión de la doctrina evangélica y de la cosmovisión cristiana. El mensaje evangélico muestra el camino para la realización en la historia del hombre como libertad, o si se prefiere, del hombre en libertad. La pérdida o disminución de la libertad oscurece la correcta visión del cristianismo. Y una interpretación del cristianismo que amengüe o debilite la libertad del hombre como persona es una interpretación falaz.

La consecuencia, según el profesor Muñoz Alonso, es clara: el formidable impulso liberador del hombre europeo le coloca en la tentación de racionalizar lo que toca. Y a veces sucumbe a ella. Por una paradoja de efectos maléficos, todo intento europeo de racionalización exagerada ha terminado por desequilibrar al hombre, teniendo que buscar asidero en lo típicamente irracional. Un ejemplo singular en este proceso nos lo ofrece Nietzsche. Nietzsche llega al sacrificio sacramental de Dios, en aras del ateísmo, oficiando con liturgia cristiana. Quiero decir que Nietzsche es el europeo que mejor sintió la ausencia de Europa, sin percatarse de que esa ausencia obedecía al decreto de la muerte de Dios, formulado con frivolidad antes de que Nietzsche lo promulgara con acentos de escalofrío. Nietzsche es un europeo de gran sentido histórico, que al quedar preso en la Historia se dedica a dar grandes voces para librarse de ella y crear un nuevo estilo. Hazña imposible cuando los juicios

de existencia son los que determinan y condicionan los juicios de valor.

La pervivencia de Europa no supone una reafirmación de sus estructuras sociales y políticas. Quizá quepa decir cabalmente lo opuesto. Europa ha cumplido una misión: la formación del hombre llamado europeo. Sólo que el hombre europeo, para seguir siéndolo, necesita librarse de lo que le atenaza y librarse de lo que le amenaza. El hombre europeo está yugado al carro del pasado, que no es Historia, y se siente invadido y preocupado por fuerzas extrañas. No es desde las estructuras caducadas por la superación desde las que el hombre europeo puede rehacer su vida y reanimar su espíritu. Pero tampoco lo logrará entregándose al invasor. Lo que sí cabe es una originalidad de ser hombre.

Naturalmente, innecesario es el indicarlo, que las páginas que debemos al joven periodista Sánchez-Gijón tratan de responder a esa cruel interrogante que surge, que brota, que súbitamente aparece ante todo aquel que se aproxime, cualesquiera que sea la forma, al estudio de esta vieja cuestión: ¿Qué porvenir espera a Europa? A esta pregunta inquietante sólo puede responderse con una interrogación más radical, lanzada en Royaumont en mayo de 1961 por un grupo de filósofos, de economistas, de sociólogos y de historiadores: ¿Qué porvenir espera al hombre? En la respuesta los pensadores marxistas fueron los más explícitos. En definitiva, el porvenir de Europa está en función del porvenir del hombre. El tipo humano del marxismo hace intransitables los caminos históricos de Europa y ciega la prosecución europea de la Historia.

Conviene profundizar todavía más en una importante cuestión, y en las páginas de este libro se nos ofrece un logrado ejemplo, que, efectiva-

mente, meditar sobre Europa es un oficio noble. Pero Europa es su arte, su literatura, su educación, sus realidades políticas, religiosas y sociales. Europa no es una abstracción, pero tampoco una entidad abrazable con una sola mirada. Europa es un diálogo sobre lo que interesa al hombre, en la que poetas y filósofos, teólogos y políticos, juristas y artesanos, soldados y monjes, hablan y viven su vida en libertad. Una civilización que no se presta a este diálogo, respetando la autonomía de la expresión, no es una civilización europea. No es una civilización humana. La perspectiva marxista carece de prospectiva humana, aunque se denomine humanista. Humanistas son los hombres que modelan con figura humana al humus, a la tierra, y no los que reciben de la tierra la forma y la figura.

No hay duda de que al autor de estas páginas le ha costado enorme trabajo el disimular el autoritario interés que la problemática económica europea imprime en su mente. Hay, por supuesto, claras y firmes alusiones a lo social y a lo político, pero, quiérase o no —el futuro lector de la obra lo advertirá de inmediato—, la atención del joven periodista español se centra en el mosaico económico. La verdad sea dicha es que Europa, a partir de las dos guerras mundiales, no ha sido otra cosa que un amplísimo tablero de ajedrez para elucidar partidas económicas. Da la impresión, como se ha dicho con frase gráfica, de que Europa, que humanísticamente hizo al resto del mundo, ya no interesa desde esta inquieta y sufrida dimensión. En efecto, se nos dice en las páginas centrales de este libro, «la mayor parte de Europa Occidental había sido devastada por la guerra. Los socorros iniciales que los ejércitos aliados proveían a sus poblaciones hambrientas hicieron

tabla rasa de las fronteras nacionales preexistentes a la guerra. En 1945, las llamadas "comisiones E" (el Comité Económico de Urgencia para Europa, la Organización Europea del Carbón, la Organización de Transportes Terrestres de Centro Europa) tomaron a Europa como un conjunto; su "capital" se hallaba en Londres. A través de esas organizaciones se ataron los primeros cabos de la desbaratada economía europea, y se las enlazó directamente con el poderío económico de los Estados Unidos, de las que en gran parte dependían para suministros y decisiones.

Cinco naciones quedaron separadas de este paso integrador: las cinco neutrales, Irlanda, Suiza, Suecia, España y Portugal. Por encima de la ruina política de los Estados, los políticos, los "resistentes" y los idealistas trataban de darse la mano, en una continuación de la camaradería forjada durante la lucha contra el totalitarismo nazi; les animaban los ideales que habían triunfado en Occidente: la democracia y las formas liberales de estado. Los hombres de dos naciones, de entre aquellas cinco neutrales, quedaban aislados de este encuentro de almas: los de España y Portugal. A hombres con esas ideologías, el régimen español los había vencido en el pasado o reducido al silencio en la época dura de la postguerra civil y la guerra mundial. Los triunfadores de Europa (entre ellos también los comunistas) eran los derrotados de España. El ajuste era imposible, consecuentemente, mientras demócratas, liberales y socialistas, federalistas y demo-cristianos, empezaban a dialogar entre ellos para tratar de hacer imposible una nueva catástrofe, tomaban también medidas para aislar a los regímenes autoritarios de la Península Ibérica, sobre todo a España, cuya guerra civil era una herida abierta en muchos de ellos».

De los diversos temas que Sánchez-Gijón analiza con el adecuado sosiego y la documentación precisa el que de inmediato atrae la atención del estudioso es el referente al de la Comunidad Económica Europea —su potenciación y su crisis—. Meditando objetivamente sobre estas páginas no hay duda de que, entre otros muchos, el autor nos quiere transmitir un mensaje, a saber: que lo que a los europeos acongoja de alguna manera no es la crisis humanística, social, política o religiosa por la que atraviesan no pocos de sus Estados, sino, por el contrario, todo cuanto tenga que ver con la economía. Europa ya no es cuna de civilización, de espiritualidad o reserva ética. Europa, lamentablemente, es un inmenso mercado, una bolsa, un negocio cuidadosamente montado. Justamente, subraya expresivamente el autor de estas páginas, «la intrincada dependencia de las cuestiones económicas y monetarias, por un lado, y políticas por otro, se hizo patente en el curso de las crisis monetarias sucesivas que sacudieron el mundo occidental, desde mayo de 1971, hasta la crisis energética de octubre de 1973». Estabilizado el Mercado Común en un complejo sistema comercial y contractual, no ocurría lo mismo con los otros terrenos, a los que los Estados se acercaban con un espíritu demasiado nacional y particular. Pero desde comienzos de las crisis se hizo patente que no era posible mantener aislado el sistema comercial del Mercado Común, de los otros aspectos críticos de la vida de la Comunidad. La crisis de mayo de 1971 produjo lo que se ha llamado «la noche negra» del mercado agrícola, en que éste quedó prácticamente en suspenso, debiendo introducirse una serie de medidas compensatorias para determinados productos demasiado afectados por la situación monetaria. La comi-

sión de la CEE habría de decir claramente en septiembre de ese año: «una marcha normal de la política agrícola común no es posible o sufrirá graves perturbaciones mientras el establecimiento de la unión económica y monetaria en la Comunidad no haya suprimido las fricciones entre las economías de los Estados miembros».

Sánchez-Gijón llega a la conclusión de que, efectivamente, la Comunidad europea ha sufrido importantes retrocesos, bajo el embate de la crisis del dólar de mayo de 1972, del boicot petrolífero árabe de octubre de 1973, de la flotación del franco francés de enero de 1974, de la grave ruptura de la solidaridad diplomática de los «Nueve», en la conferencia de Washington sobre la energía, en febrero de este último año. Incluso la cuestión institucional sigue abierta a debate sobre cuál es la mejor de las fórmulas: el internacionalista Antonio Truyol cree que, «fuera del supuesto de una unidad impuesta, no se concibe un estado o superestado europeo occidental que no sea una federación»; así lo creía también Jean Monnet, pero a éste no le ha importado modificar su punto de vista; así, en diciembre de 1973, declaraba: «Estamos en el proceso de construcción de una institución que la historia no ha conocido jamás. No se trata de una federación o una confederación, sino una nueva clase de organización política que tendrá que desarrollar su propia forma poco a poco.» Quizás esto tampoco sea lo importante. ¿Qué lo será entonces...?

Pero en Europa existe planteado otro grave problema. Un problema al que, aquí y ahora, por razones de la economía del espacio editorial disponible, apenas si podemos señalar: la libertad. «El hombre europeo —nos decía un gran pensador— no puede vivir si no vive en libertad; si la

libertad no es su vida, su alimento y su aliento. Pero, a su vez, los hombres—por lo menos los europeos—no aciertan a vivir su vida en libertad si no reconocen en la autoridad unas posibilidades necesarias y suficientes. Si la autoridad es la posibilidad condicionante del vivir de los hombres—posibilidad necesaria y suficiente—, quiere decir que el poder, en cuanto distinto de la autoridad—sea o no separable de la misma—, no es identificable con ella ni puede sustituirla. Al contrario, cuando la autoridad queda absorbida por el poder, desmembrándose en él, el poder agusana la autoridad y la corroe. La autoridad, pues, es siempre funcional en términos de relación con la libertad. La autoridad se pierde en la medida y grado en que la libertad no queda asegurada, servida y potenciada por ella. Asegurar, servir y potenciar a la libertad es una función esencial y progresivamente legitimadora de la autoridad. Lo cual

nos lleva a afirmar que no es precisamente la libertad la que asegura, sirve y potencia a la libertad. Cuando se encarga a la libertad esta función de sí misma, se hunde el hombre en el anonadamiento personal, y la sociedad se desorganiza en una demagogia incontenida. La libertad por la libertad no es una proclama defensora de la persona humana; es una frase corrosiva de efectos antropofágicos.» Cabe, lógicamente, hacerse la siguiente pregunta: ¿No ocurrirá que en Europa se ha perdido el auténtico sentido de la responsabilidad que implica la libertad...? No olvidemos, y esto los europeos sí parecen haberlo olvidado, que la libertad, si no es responsable, no es tal libertad. Por eso, dice muy bien el autor de este libro, Europa es una tarea inacabada. A estas alturas tiene que aprender, lo quiera o no, a responsabilizarse de no pocas cosas...

J. M. N. de C.

MODESTO SEARA VÁZQUEZ: *Tratado general de la organización internacional*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, 1.066 pp.

Se trata de un sustancioso volumen dedicado al resumen y exposición sistemática de las principales organizaciones gubernamentales internacionales. Esta obra viene a llenar un vacío evidente no sólo en la literatura jurídica y política de lengua castellana, sino también en el plano universal. Es un obra de referencia—magistralmente coordinada por el profesor Seara Vázquez, de la Universidad Autónoma de México—que ofrece un amplio balance de la organización internacional durante los últimos cincuenta años, puesto que se analizan, con gran acopio de datos y antecedentes, el planteamiento y evolución de los principales pro-

blemas que, en el transcurso de ese plazo de tiempo, se han suscitado primero ante la Sociedad de Naciones y, después, ante la Organización de las Naciones Unidas, así como ante los organismos especializados y los regionales más importantes de la misma. Se contienen en la obra una serie de antecedentes muy diversos cuya búsqueda para el estudioso no siempre resulta fácil, puesto que gran parte de las fuentes son de difícil acceso. Aquí se contienen esas informaciones, distribuidas de forma asequible y perfectamente clasificadas. Aunque el análisis de los problemas teóricos aparece disperso a lo largo de la extensa obra, los múltiples in-

NOTICIAS DE LIBROS

dices alfabéticos y analíticos facilitan su búsqueda para el lector.

Resulta digno de subrayarse el interés que supone en esta obra la inserción de cuadros estadísticos sobre aspectos de singular importancia (producto nacional bruto, evolución de los intercambios comerciales, estadísticas de comercio interior, inversiones, etc.), así como de los organismos de las principales organiza-

ciones estudiadas. También se sucede en el texto una serie de citas bibliográficas de mucho valor para quien desee ampliar sus referencias.

En resumen, esta nueva obra del profesor Seara Vázquez ha de considerarse como un valioso y útil instrumento de consulta para el público interesado en las cuestiones internacionales de nuestros días.

J. C. A.

JOSÉ URBANO MARTÍNEZ CARRERAS: *Africa joven*, Biblioteca Cultural RTVE (Editorial Planeta), Madrid, 1975, 160 pp.

Desde hace más de quince años, el tema africano registra una ininterrumpida y rabiosa actualidad, como lo prueba el hecho tan sencillo de comprobar y de comprender, como, por ejemplo, la ingente cantidad de libros, ensayos y artículos que sobre dicho tema han conocido la luz editorial. El Africa Negra, pues, ha pasado de ser una tierra radicalmente conocida, más o menos legendaria y más o menos colorista cinematográficamente, a ser, efectivamente, el objeto central de numerosísimos análisis, en los que, principalmente, se examinan con todo rigor, objetividad y detenimiento, sus más destacados aspectos políticos, sociales y económicos. El Africa Negra, como hace algún tiempo reconoció un inteligente escritor español en un bellissimo libro —nos estamos refiriendo a Fernando Morán y a las páginas de su obra *Revolución y tradición en Africa Negra*—, interesa en grado máximo al intelectual de no pocas latitudes del mundo. Y la causa de ese interés estaba absolutamente justificada por una situación muy especial, a saber: que la reivindicación política de las independencias es acompañada y precedida, salvo muy excepcionales circunstancias, de una construcción

intelectual que significa un ataque a los supuestos de la hegemonía de la cultura europea, proyectada con pretensión de validez universal por potencias occidentales cuyas sociedades se inscriben en el modelo liberal capitalista. En este sentido, y solamente en él, se puede considerar a la ideología de la descolonización como un factor reivindicador.

Pero, a las alturas en que iniciamos el comentario del libro que nos ofrece el doctor Martínez Carreras, el dramático, doloroso y difícil programa de descolonización ya ha tenido lugar. Se trata ahora, como el sugestivo título de esta obra connota —*Africa joven*—, de conocer más detenidamente, con cierto sosiego y absoluta neutralidad, un poco de la historia de los pueblos que la forman y un mucho de las esperanzas que, cara al inmediato futuro, alientan su existencia. Tal vez por eso se ha dicho que «en Africa no se reduce lo complejo: se afirma que la sociedad es simple. La pluralidad, se dice, no existe en Africa. Se proclama un excepcionalismo africano respecto a las soluciones y doctrinas políticas occidentales, puesto que la infraestructura esencial es diferente. Bajo la tensión de la revolución anticolo-

nialista y del nacionalismo, los políticos africanos realizan una extrapolación; no se limitan ya, en efecto, a señalar un hecho, sino que lo elevan a valor. No solamente afirman la inexistencia del pluralismo social, dan otro paso adelante; la homogeneidad africana es la base del humanismo, del socialismo africano, el soporte de la unidad nacional, la prenda de la independencia, la garantía de la inexistencia de alienaciones. De nuevo, la falta de densidad historiográfica, las tensiones nacidas de la relativa indefensión de sus nacionalidades, la lucha contra los factores disgregadores—operando sobre una situación cultural que facilita la tendencia a vivir las ideas en la totalidad—, convierten un elemento de análisis en formulación con valor de mito. La ciudad africana será la más integrada, la más natural, aquella que en la personalidad se expande de una forma más elástica; el Estado es el pueblo sin intermediarios; el Partido es el pueblo, la nación que ha tomado conciencia política; los intereses del proletariado o de la burguesía nacional han de coincidir en el interés nacional, puesto que si existen diferencias de clases, no existen, en ningún caso, antagonismos.»

Quiérase o no, a pesar de los reiterados intentos que expresamente se han llevado a efecto por quienes a ningún precio les convenía ver a un país unido, la verdad es que—y lo ha señalado toda una autoridad en la materia: Leopoldo S. Senghor—Africa, cada día, se aproxima más a su unidad. «La unidad de la civilización africana es tan fuerte, que las divisiones laminares, en el interior de ella, no siguen las fronteras de razas, sino, muchísimas veces, las de la geografía: del ambiente. Numerosos sudafricanos, que son *negros marginales*, están clasificados entre los camitas: somalíes, masais, peules, nu-

bios. Algo de esto hay también en los que son incontestablemente negros, como los soninkes o sarakoles, que fundaron el imperio de Ghana. En verdad, casi todos los negros sudafricanos—no solamente los etíopes de la *civilización de la Lance*, sino también los altosudaneses, de los que nosotros, los senegaleses, tenemos algo—participan de lo que Frobenius llama "el espíritu camita".»

Africa, en rigor—como piensa el autor de las páginas del libro que comentamos—, no presenta grandes complicaciones geográficas. Se configura geográficamente en unos paisajes naturales sencillos y claros. Y bien sabido es, conviene insistir en esta circunstancia, lo que la geografía, con sus especialísimas peculiaridades, ayuda a unir o a separar al ser humano. Para el doctor Martínez Carreras, en todo caso, la población neoafricana es la más representativa de la población negra africana, potentes y desarrollados, y dominantes en toda la llamada Africa Negra, donde se han impuesto totalmente a los paleoafricanos. Según sus caracteres culturales internos, se dividen los neoafricanos, a su vez, en dos grupos, atendiendo a las características etnográficas y lingüísticas: los sudaneses y los bantúes. Los negros sudaneses ocupan el norte del Africa Negra, distinguiéndose dentro de ellos otra serie de grupos, como son, además de los propios sudaneses, los guineanos y los nilóticos. Los bantúes, por su parte, se distribuyen por el centro y sur de Africa, integrados también por otra serie de grupos, entre los que destacan los congolesees y los sudafricanos: zulúes, basutos, bechuanas, entre otros...

El segundo elemento básico a considerar como antecedente histórico del Africa contemporánea está constituido por la presencia europea en el continente y la acción del colonia-

lismo occidental. En efecto, la presencia de los europeos en Africa constituye un factor de decisiva influencia en su proceso histórico, en mayor medida aún que otras acciones históricas de análogo carácter, pero de no tanta importancia y trascendencia, como la precedente conquista árabe. La aparición de los europeos en Africa, con su conquista y consiguiente incorporación a las normas políticas, económicas, sociales y culturales del mundo civilizado occidental, así como la imposición al continente africano del sistema colonial europeo, destacando desde el primer momento la explotación y trata de esclavos, va a dejar profunda y permanente huella en Africa, hasta el punto de ser imprescindible su consideración al plantearse el estudio del momento histórico africano contemporáneo. Africa actual es, como se ha indicado, la suma del Africa autóctona precolonial y árabe más el Africa europea y colonial.

A juicio del autor de estas páginas, así lo subraya, la causa principal de la aparición de los europeos en las costas africanas durante los siglos xv y xvi es de estricto carácter económico; se trataba de establecer una relación comercial directa con los países orientales, por parte de los europeos, para mercantilizar sus ricos productos, evitando así el control musulmán de tan creciente y provechoso comercio, inevitable al establecerse dominantes los pueblos musulmanes en todo el norte y este de Africa, así como en el Mediterráneo oriental. En la búsqueda por parte de los europeos, desde fines de la Edad Media, del camino directo marítimo que les llevará hasta las Indias, costearon, conocieron y se establecieron en Africa, aunque siempre, por regla general, sin penetrar en su interior, sino sólo como lugar de paso y de escalas donde estable-

cer las necesarias bases estratégicas que cubrían las rutas oceánicas y ultramarinas, asiáticas y americanas. Fue después de este inicial conocimiento y aproximación, unido a las vagas noticias previas ya adquiridas que incitaban a la penetración, como la existencia de algún rico país pródigo en minerales, en especial oro y marfil, y en esclavos, o la búsqueda y el contacto con un reino cristiano, el del «Preste Juan», con el proceso de establecimiento y asentamiento consiguiente, cuando los europeos comenzaron a explorar las más asequibles riquezas africanas desde sus bases costeras, como es el caso, en primer lugar, de los esclavos negros. Los países europeos que van a iniciar tal conocimiento y asentamiento en Africa serán Portugal y España, al considerar, por un lado, su respectiva presencia en el norte musulmán como una continuación y proyección de la lucha por la reconquista peninsular contra el Islam, realizada durante los siglos medievales, y debida por otro a su situación estratégica entre Europa y Africa y entre el Mediterráneo y el Atlántico.

Tras las huellas de portugueses y españoles llegarían a Africa a lo largo de los siglos xvi y xvii holandeses, ingleses y franceses que al igual que los primeros irían estableciendo bases costeras y fundando sin penetrar decididamente en el interior, sino conformándose sólo con establecer comercio y relaciones con los pueblos y estados negros limítrofes, en las condiciones y habituales características de este peculiar colonialismo de los tiempos modernos.

Considera el doctor Martínez Carreras que, ciertamente, la época africana propiamente colonialista, la del colonialismo e imperialismo contemporáneos, se extiende en Africa durante los siglos xix y xx hasta el

final de la Segunda Guerra Mundial, derivándose de ella de forma directa la estructura política del Africa actual, y proyectándose en el proceso de revolución, independencia y descolonización de los pueblos africanos. Puede dividirse la larga época colonial en tres periodos históricos:

1) La época de las ocupaciones, conquistas y rivalidades por parte de los países europeos, que se extiende desde los comienzos del siglo XIX hasta 1884-1885.

2) La celebración de la Conferencia de Berlín en 1884-1885 que acuerda y establece el reparto colonial de Africa, y que inspira directamente el periodo inmediato de efectivos repartos hasta 1904, llegándose a los tratados coloniales consiguientes.

3) El período más intenso de explotación colonial, de plenitud y apogeo del imperialismo europeo, que se extiende hasta el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945.

Analiza el autor de estas páginas con cierto sosiego, puesto que este tema ocupa, prácticamente, la tercera parte de su obra, el largo proceso de descolonización africano, que, como es bien sabido, comienza sobre 1945. El complejo fenómeno de la descolonización, revolución e independencia de Africa hay que enmarcarlo dentro de unas coordenadas históricas que fijen y clarifiquen su proceso. Por un lado, es preciso relacionarlo con la situación internacional, con las circunstancias y factores de las relaciones internacionales, y en este sentido hay que tener en cuenta, en primer lugar, la actitud, ideología y política de las grandes potencias mundiales y de los países colonialistas, y en segundo lugar, considerar el proceso análogo y paralelo de otras áreas y pueblos colonizados del mundo, como fueron el caso de las colonias asiáticas, y la

celebración de la Conferencia de Bandung. Por otro lado, además, para completar el cuadro hay que tener igualmente en consideración el aspecto nacional de cada país y cada pueblo africano, acumulando el pasado histórico de Africa a las determinadas circunstancias nacionales del país colonizado en que intervienen conjuntamente factores políticos, económicos, sociales, culturales e ideológicos en relación con cada país colonialista en cada caso concreto. El conjunto de estas series de circunstancias y factores, internacionales y nacionales, de colonizados y colonialistas, determina y clarifica en su punto justo todo el proceso de la descolonización de Africa.

Para el autor de este libro, la descolonización, en efecto, se plantea, pues, como un complejo proceso que si bien tiene una clara manifestación desde la Segunda Guerra Mundial en forma de revolución y lucha por la independencia, se ha ido originando como ideología y como realidad durante la anterior época colonial, en especial durante el período intermedio entre las dos guerras mundiales, como confluencia y consecuencia de variados factores y causas, que tienen un doble carácter general, por lo que pueden agruparse en dos amplios apartados: *factores internacionales* y *factores nacionales africanos*. En cuanto al primer concepto puede afirmarse que, efectivamente, la descolonización de Africa constituye en gran parte la proyección a nivel continental de un fenómeno y proceso más amplio, a escala mundial, como es la descolonización de todos los territorios dependientes y colonias. Por ello los factores internacionales que influyeron en la descolonización de Africa tuvieron un planteamiento mundial, actuando igualmente en todo el proceso de descolonizaciones continentales, aunque en este caso

ha de considerarse sólo en sus consecuencias e influencias respecto a los pueblos y países africanos.

Respecto del segundo aspecto —los factores nacionales africanos—, subraya el autor que, junto a los factores de carácter internacional, fueron decisivos para la revolución e independencia de Africa la existencia y actuación de una serie de elementos y causas características de los pueblos y naciones africanos: son los factores nacionales y propiamente africanos que hay que tener en cuenta por su transcendencia histórica; desde el punto de vista económico, la transformación que se había operado como consecuencia de la actividad y explotación económica por parte de los europeos y en beneficio de sus propios intereses; actuó igualmente sobre el sistema de vida de los pueblos africanos de forma contradictoria, pues si tuvo en su proyección en algunos casos consecuencias negativas, las tuvo igualmente positivas en otros. El desarrollo económico, el trabajo, el aumento del nivel de vida, la adecuación a un estilo económico europeo, transformaron la realidad económica de los pueblos y sociedades coloniales.

Por otra parte, considera el doctor Martínez Carreras, los factores ideológicos y culturales actuaron asimilados y expuestos por las minorías preparadas y formadas que se destacaron como dirigentes surgiendo entre los nuevos grupos sociales de los pueblos africanos. Tales factores ideológicos estaban integrados en parte por algunos principios y valores que dichos grupos habían conocido y adquirido durante sus estancias y estudios en las Universidades europeas, como fueron los derivados del liberalismo, la democracia, el socialismo y el cristianismo, pero también y muy principalmente por la vuelta a los valores tradicionales afri-

canos, sometidos por los europeos, y que adquirirían ahora un nuevo carácter de afirmación anticolonialista, base de la lucha contra el imperialismo y fundamento espiritual de la independencia.

Consecuentemente, relacionado con todos los aspectos anteriores se fue manifestando y consolidando un nacionalismo de los pueblos africanos, que si por un lado tuvo como base unas realidades económicas, sociales e ideológico-culturales, por otro se proyectó en un nacionalismo político que acabó por manifestarse a favor de la independencia política. En Africa, los movimientos nacionalistas políticos, aunque comenzaron a expresarse entre las dos guerras mundiales, se acentuaron y desarrollaron después de la segunda, agrupándose en varios conjuntos: pueblos del Islam, pueblos de Africa negra colonizados por Inglaterra, y pueblos de Africa negra colonizados por Francia, principalmente.

El doctor Martínez Carreras, en las últimas páginas de su libro, traza un logrado cuadro del panorama actual que nos ofrece o presenta el Africa en general. Se apresura a subrayar que, efectivamente, tan pronto como la autodeterminación comenzó a ser real en los nuevos estados se plantearon de inmediato los nuevos problemas derivados de la organización de esa vida política independiente: problemas cuya apariencia externa era política, ciertamente, pero que constituían la expresión radicalizada de alteraciones y conflictos de índole económica y social. Los sistemas políticos de la independencia iban a corresponder a la realidad económico-social de cada nuevo estado, que se configuró en función de factores internos de cada país, y de factores externos, como la presión y actuación económica mantenida por los países colonialistas que habían dado

una aparente independencia política, pero seguían conservando, en varios casos, un colonialismo económico. Junto al neocolonialismo actuaban otros problemas generales, conformando conjuntamente la imagen política de la nueva África: la cuestión de la identidad nacional de cada país y la creación de un auténtico y nuevo nacionalismo; el choque a veces entre esas nuevas naciones, en localizados conflictos fronterizos; el mantenimiento de las organizaciones políticas y administrativas dejadas por los europeos, principalmente a base de gobiernos de estilo liberal y democrático, bien con la forma de repúblicas o de monarquías; la adaptación de estos sistemas europeos impuestos a la sociedad tradicional africana, y su posible ajuste; la formación de los grupos de poder político y su función dirigente dentro de las sociedades africanas; frente al liberalismo teórico de herencia europea, la presencia creciente de un socialismo pretendidamente actuante por medio de una o varias vías africanas; la personalización del poder y la imposición de los grupos fuertes por la violencia, con los golpes de estado y las dictaduras militares, inspirados en fuerzas e ideologías variadas; los enfrentamientos internos, derivando en algunos países en guerras civiles, movidos en gran parte por grupos y causas tendentes a realizar la revolución o a imponer la contrarrevolu-

ción. En el proceso político y general de los nuevos estados africanos y desde el conjunto de la problemática citada se singularizan una serie de hechos que son exponente externo de esa alterada evolución del África independiente: a) de carácter político-militar: golpes de estado, conflictos civiles y enfrentamientos fronterizos; b) de carácter político-social: revolución y contrarrevolución, con la formulación del socialismo como única posible vía revolucionaria.

Con problemas más o menos graves lo cierto es, nos indica finalmente el autor de estas interesantes y muy cuidadas páginas, África constituye hoy, sus pueblos y países, un continente vivo y en formación, en mutación continua quizás en búsqueda vital de una renovada y definitiva plenitud histórica, por lo que en cualquier momento se pueden seguir produciendo nuevos acontecimientos y procesos, tanto dentro de unas coordenadas nacionales y continentales, como en el orden internacional, que afecten a su entidad y estructura históricas. Los recientes sucesos acaecidos en Portugal (desde abril de 1974), de evidente trascendencia histórica no sólo nacional sino también peninsular y europea, han tenido asimismo incuestionable repercusión en el panorama del África actual.

J. M. N. de C.